

Para las relaciones entre psiquiatras y lingüistas

Luis Jaime Cisneros

En los últimos tiempos, psiquiatras y lingüistas han acentuado su interés por leerse mutuamente e intercambiar observaciones. Buena cosecha. Los estudios sobre el llamado "lenguaje psicoanalítico", así como las perspectivas metodológicas a que convocan, resultan enriquecedoras. Claro es que se avanza con lentitud, dado que no es fácil conciliar puntos de vista procedentes de disciplinas diversas, ni se allanan los caminos para manejar una terminología común. Pero aun descontada la necesaria cautela, podemos arriesgar algunas observaciones.

Cuando el psicoanálisis de Freud esmera su interés por el léxico, nadie duda que su mejor alegato lo constituye la etimología. No importa que esa etimología nos resulte ahora sospechosa. Destaco solamente que es la perspectiva de Freud, desde la cual se "muestra" la fuerza evocadora de las palabras. La significación de una palabra, para el maestro vienés, tiene algo que hacer con su etimología. La lingüística contemporánea tiene hoy graves reservas para el pensamiento etimológico de Freud, sobre todo para las ideas que corren en su trabajo de 1910 dedicado a estudiar el sentido antitético de las palabras primitivas. La relación entre 'lenguaje onírico' y lenguaje hablado es, para él, de toda evidencia; cuando le oímos decir:

"Y a nosotros, los psiquiatras, se nos impone, como una hipótesis irrefutable, la de que comprenderíamos mejor y traduciríamos más fácilmente el lenguaje de los sueños si conociéramos mejor la evolución del lenguaje hablado" (*Psiconálisis aplicado*, 1947, p. 1057),

sabemos que está pensando en el campo léxico, en la significación, pues no otra cosa dice ahí la palabra *evolución*. Lo dice sobre todo

para reforzar su tesis de la coincidencia entre la elaboración onírica y cierta peculiaridad de las lenguas primitivas, postulado carente hoy de asidero científico. Ya Benveniste ha destacado lo impropio de esta tesis (*Problèmes de linguistique générale*, VII). Las faltas de lógica que descubrimos en el lenguaje solamente traducen la disimetría inherente al signo lingüístico, y no impiden reconocer que la lengua es un sistema que obedece a un plan específico; en su interior se va operando lentamente el destino de las relaciones y de las oposiciones. Ese carácter sistemático alcanza a la organización semántica de la lengua.

Por desconocer esto se ha censurado a Freud y a sus fuentes de inspiración. La censura es válida, y se mantiene para nosotros en todo su vigor. Sin embargo, pienso que debemos hallar explicación al modo de reflexionar del profesor vienés. En momentos en que escribe su *Traumdeutung* no tenía Freud otra salida que ésta. Se hallaba muy alejado de los principios de la semántica histórica. En realidad, esa actitud suya debe relacionarse con su formación universitaria y con la influencia que por entonces ejercía, en esos estudios, la filología griega. Si no, corremos el riesgo de malinterpretar las cosas.



La preocupación del pueblo griego por su lenguaje, y la sensibilidad que denunciaba frente al 'encanto' de la palabra, constituyen hoy lugar común. Ese sentimiento hallaba su mejor expresión en la aplicación del sentido de las palabras. Stenzel explica cómo estaba el griego capacitado fantasísticamente para 'ver' lo que entre varias significaciones distintas existía de común, así como para reunir las en una sola visión abarcadora, sin necesidad de tenerlas que pensar conceptualmente (*Über den Einfluss der griechischen Sprache auf der philosophische Begriffsbildung*). En la búsqueda del sentido de las palabras nos acostumbramos a descubrir no sólo relaciones de parentesco semántico, sino asociaciones o afinidades, voluntarias a veces, casuales casi siempre. La retórica se encargó, según sabemos, de sistematizar esos hallazgos. En los griegos, la explicación de palabras constituyó un ingrediente necesario del pensar riguroso. (LI CARRELLI, *Platón, Hermógenes y el lenguaje*). A la larga, se termina postulando que el examen de una palabra permite descubrir lo profundo de su intención, es decir, su sentido último. La palabra termina, así, por convertirse en la explicación de las cosas mismas. Y esto nos pone en el camino de la etimología. En esa etimo-

logía, para la que el sentido verdadero del vocablo constituye el objetivo de la explicación, y para la que el sentido último está oculto, disimulado por la misma palabra explicada, tiene sus raíces la etimología en que pensaba Freud, dentro de su formación europea, a la que no fue el griego elemento desdeñable. De otro lado, sus trabajos coinciden con el auge de los grandes estudios grecistas.

Nada tiene que ver esta etimología con la que hoy frecuenta la lingüística contemporánea. Pero era la de Freud. Hoy interesa consignar la vinculación de varios momentos de la palabra: nos preocupa reconstruir su historia. Ahora es más importante establecer cuál es la forma más antigua del vocablo. O sea, en etimología, el sentido nos es un tanto indiferente. Cuando nos atrae la filiación de una palabra, en verdad buscamos tan sólo entroncarla con su familia. La etimología griega buscaba que le revelaran la verdad. Y eso implica una concepción del lenguaje. Es la función unitiva del lenguaje la que priva en Freud, para quien la palabra-representación tiene especial vigencia. Hoy creemos en la palabra-concepto. Conocer los nombres es el modo de conocer las cosas, puesto que ellos nos proporcionan un saber sobre las cosas, que vale por las cosas mismas. El contenido de los nombres nos revela el ser de las cosas. Se trata, para Freud, de un método de conocimiento.

• • •

Es verdad adquirir a, para nosotros, que el vocabulario de una lengua no es la suma de voces acogidas por el Diccionario, sino el sistema en que el sitio de cada palabra viene determinado por sus acepciones latentes y por sus relaciones con las otras palabras del sistema. Son esas relaciones las que, en buena cuenta, precisan y modifican a las palabras (DUCHACEK, *Phil. Prag.* III, 1, 1960, 22). *Bonito* resulta voz laudatoria frente a *feo*, pero no lo es tanto en la serie *lindo, hermoso, extraordinario*. Y aun dentro de esta gradación, los valores serán jerarquizados de modo distinto si hablamos de un *diamante*, o si nos referimos a una *criatura*.

Cuando Freud aventura su teoría de la *Traumdeutung* no se ha publicado el *Cours de Linguistique Générale*. La etimología era la única senda conocida para incursionar en el campo de las relaciones y los vínculos semánticos. Y el sentido de la etimología era por entonces, en síntesis, el mismo que tenía para los griegos (sobre todo en el mundo de los lectores profanos). Sólo Saussure precisa la palabra como punto de partida de tantas asociaciones en serie como

relaciones pudiera permitirle el sistema. De ahí surgieron las asociaciones basadas en la etimología, como las fundadas en la morfología, o las que se relacionan por el sentido, o las que se vinculan en virtud de una semejanza acústica. Asociaciones que, como explicó Saussure, se presentan en número y orden indeterminado; de donde su aclaración:

“un terme donné est comme le centre d'une constellation, le point où convergent d'autres termes coordonnés dont la somme est indéfinie” (*Cours*, 174).

Esta observación fue precisada más tarde por Bally (LFM, 1940, 195) cuando estipuló que el campo asociativo ofrece diferencias de un individuo a otro, ya que cada quien va modificando de algún modo la lengua, y tanta diversidad termina por crear una paralela diversidad en la elección de las asociaciones.

Debemos reconocer como uno de los aspectos más descuidados por el estudio del 'lenguaje psicoanalítico', el relativo a la estructuración sintagmática. En rigor, la reflexión lingüística a que convocan las tesis freudianas (erradas o no, y es asunto que no importa aquí), se realiza únicamente en dirección paradigmática. Puede ser útil a los estudiosos considerar otra perspectiva, recogiendo, así, muchas contribuciones de los últimos años. Se trata de distinguir dos clases de campos lingüísticos. El campo de la evocación de las palabras (enclavado en los mecanismos paradigmáticos), y el de la formulación de las ideas (que es el de la realización de la frase), y que supone hacer frente a la estructura sintáctica. En el primer caso, estamos ante asociaciones verbales, en que los vocablos diversos se ligan a uno solo, constituido en el núcleo del campo asociativo; según el carácter de dichos enlaces, hablamos de campos morfológicos, sintagmáticos y asociativos. En el segundo caso, nos hallamos frente a un tipo de asociación ideológica: podemos distinguir ahí un campo conceptual cuya unidad está formada por el concepto común a los contenidos semánticos de toda palabra, así como también a un campo de más vasta extensión, donde se reúnen y clarifican las voces emparentadas por el sentido. Es ahí donde sintagma y paradigma conciertan sus funciones y ayudan a perfilar la facultad comunicativa.

Una asociación de los campos paradigmático y sintagmático permitirá al analista completar la imagen de la comunicación, le ofrecerá una clara visión de cómo se organiza el pensamiento, y lo librará de esa eventual concentración en el vocabulario a que puede con-

ducirla una errada visión etimológica *. No hay que desatender a esta realidad, ya aclarada por Trier (*Der deutsche Wortschatz in Sinnbezirk des Verstandes*), que destaca cómo en la formación de conceptos por medio de palabras hacemos frente a un mecanismo articulador, a un proceso que solamente alcanza su función esclarecedora partiendo de una totalidad. Si los analistas atienden a esta perspectiva, seguramente alcanzarán a iluminar el campo del discurso psicótico, y hasta me aventuro a pensar que verán aspectos importantes en el campo de las delusiones.

UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ
Lima.

* "La etimología de una palabra, por ejemplo, puede ser una explicación de la correspondiente intuición primaria vigente en la lengua en cuestión, pero no es explicación de la cosa designada" (COSERTU, "El lenguaje y la comprensión de la existencia", en *El hombre y su lenguaje*, Madrid, 1977, 62-63).